

No se le garantiza su satisfacción

(Eclesiastés 5; 6)

Es probable que usted se sienta reacio a comprar un producto, con el cual no está familiarizado, si su etiqueta dijera que “No se le garantiza su satisfacción”. Un estilo de vida impío no ofrece garantía alguna de satisfacción, sin embargo mucha gente parece desearlo.

En Eclesiastés 5 y 6, Salomón continuó enfatizando lo inútil que es vivir una vida sin Dios. Al hombre natural, sin Dios, lo desconciertan todas las cosas. No hay nada en la tierra que parezca tener sentido cuando se le considera su finalidad. El fin de la vida terrenal es la muerte. Si la muerte es el fin del hombre, ¿Cuál es el propósito de la vida? Ni la vida ni la muerte tienen sentido cuando Dios no las ilumina.

La anterior verdad hace que cobre una gran importancia nuestra relación con Dios. No debe modificarse la voluntad de Dios. Cualquier religión que no alcance el nivel de un total compromiso con Dios tan sólo sirve para aumentar el vacío de la vida. No es de extrañar que tanta gente “religiosa” no esté satisfecha. Tienen suficiente religión como para incomodar sus vidas —como para saber que en realidad no agradan a Dios— pero no lo suficiente como para darles la seguridad que llega a través de un total compromiso. Fue con esta idea en mente que Salomón escribió esta sección.

EL SERVICIO A DIOS, CARENTE DE ENTUSIASMO, NO NOS VA A SATISFACER (5.1-7)

Debemos vigilar nuestros pasos, cuando nos acercamos a Dios para adorarle (5.1-3). Debemos acercarnos para escucharle, más que para hablarle. La mayoría de la gente no se da cuenta de lo errado que es un sacrificio vacío. Es probable que “el sacrificio de los necios”, que se menciona en el versículo 1, se refiera a un sacrificio ofrecido por un hombre, cuya insensatez lo lleva a creer, que el acto visible de sacrificar, es todo lo que se necesita. No es el sacrificio en sí lo que Dios desea; es la obediencia. Dios desea un espíritu humilde y contrito. El necio se acerca a Dios con su sacrificio, contando con que Dios tome nota de éste y escuche su desgana solicitud de perdón; sin embargo sigue su camino poco dispuesto a escuchar a Dios.

Los que practican una religión a medias a menudo se frustran y se confunden más durante los momentos problemáticos, que aquellos que del todo no practican ninguna. Los que no creen en Dios no esperan nada de él, y no lo culpan de nada. Los que solamente son siervos de nombre, por otro lado, a menudo creen que Dios debe satisfacerles todos sus caprichos. La fe de estas personas es insuficiente para hacerlos ponerse ellos mismos y sus problemas en las manos de Dios.

Salomón advirtió en contra del acercarse a Dios con poca seriedad o insinceramente (5.2). Esto fue lo que en efecto dijo: “No te des prisa con tu boca, ni tu corazón se apresure a proferir palabra delante de Dios; porque Dios está en el cielo, y tú sobre la tierra;...”. Un hombre que

habla mucho delante de Dios tiene una gran probabilidad de pecar. El necio habla demasiado cuando se acerca a Dios (5.3).

Cuando le hacemos promesas a Dios, debemos cumplirlas (5.4-7). Es mejor no hacerle una promesa a Dios, que hacerla y no cumplirla. No debemos prometer lo que no podemos hacer ni es nuestra intención hacer. Cuando nuestras bocas hacen promesas que nuestros cuerpos no pueden cumplir, cometemos pecado por omisión. Cuando así hayamos hecho, de nada servirá que nos excusemos después profiriendo expresiones como: "cometí un error". Lo que Salomón estaba diciendo era que nosotros debemos tener cuidado para hablar delante de Dios y de su ángel y que hay que hacerlo con sinceridad. El "ángel" que se menciona en el versículo 6, podría referirse al sacerdote y representante de Dios que asiste en el sacrificio o es testigo del cumplimiento de los votos.

Nuestra relación con Dios es asunto serio. Es vanidad soñar grandes sueños y jactarnos de nuestro servicio a Dios (5.7). No tomemos la vida a la ligera, acerquémonos al Dador de ella con un gran respeto y una profunda reverencia.

Estos son los mismos sentimientos que se expresan en 1 Samuel 15.22. Saúl había omitido cumplir la orden que Dios le había dado, de destruir a los amalecitas. Dios le había dicho que destruyera todo, pero Saúl creyó que sería bueno preservar algo del mejor ganado para un sacrificio. También le perdonó la vida a Agag rey de Amalec. Dios envió a Samuel, el profeta, a recibir a Saúl y a decirle cuán disgustado estaba él. Al comienzo, Saúl decía que él había cumplido con todo lo que Dios le había ordenado. Sólo le había perdonado la vida a Agag, junto con las ovejas y los bueyes que él quería ofrecer en sacrificio. Eso estaba bien, ¿verdad? ¿No le gustaban a Dios los sacrificios? A esto Samuel respondió: "¿Se complace Jehová tanto en los holocaustos y víctimas, como en que se obedezca a las palabras de Jehová? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros". El sacrificio que no va acompañado de la obediencia, no tiene ningún valor para Dios. El sacrificio vano no agrada ni a Dios ni al hombre.

LAS RIQUEZAS NO NOS VAN A SATISFACER (5.8—6.6)

Salomón había descubierto que las riquezas tampoco podían producirle satisfacción al hombre. El deseo de tener ganancias puede causar que los ricos opriman a los pobres (5.8-9). En este contexto Salomón estaba señalando lo difícil que es para el

oprimido conseguir que le hagan justicia delante de las autoridades. No debería extrañarle al hombre, que impunemente se pervierta la justicia. Esto fue lo que dijo: "Si opresión de pobres y perversión de derecho y de justicia vieres en la provincia, no te maravilles de ello; porque sobre el alto vigila otro más alto, y uno más alto está sobre ellos" (5.8). Todo oficial de gobierno debía darle cuenta a otro, de modo que las peticiones hechas al gobierno podían perderse en algún punto del proceso y ninguno aceptaría responsabilidad por ellas.

A Salomón le molestaba ver la forma como la burocracia se aprovechaba del hombre común. Pensaba que los oficiales de gobierno debían reconocer cómo todos, desde el rey hasta el más humilde de los siervos, dependían del producto de la tierra. Como la tierra era trabajada por el hombre común, éste es el que menos debía ser oprimido. Éste era el que se ganaba la vida de toda la nación. Son pocos los reyes que reconocen esto y que escuchan los ruegos de los oprimidos. Este es otro esfuerzo de la vida, que resulta inútil. Un gobierno que pase por alto la justicia que se le debe al hombre común, es uno que se destruye a sí mismo. Aunque el motivo es la ganancia personal, eventualmente se demostrará cuán auto-destructivo es tal proceder.

El amor al dinero jamás se satisface (5.10-12). Cuando las riquezas aumentan, también aumentan las opciones para gastar el dinero. ¿Para qué le sirve el dinero a los que lo tienen, excepto que para verlo escaparse en medio de los dedos de sus manos? Cuando se tiene una abundante cantidad de riquezas, ello no significa que se tenga algo al final de cuentas. ¿Quién duerme más plácidamente por la noche —el hombre común que trabaja o el rico? Un hombre que trabaja puede ir a la cama y disfrutar de un reparador sueño, haya comido mucho, haya comido poco. En cambio, la preocupación del rico por sus riquezas, le impide a éste tener tal clase de sueño.

Es un sinsentido que el rico se amontone riquezas tan sólo para verlas desaparecer por algún repentino cambio del curso de los eventos (5.13-17). Las riquezas se pueden perder en malas inversiones, se las pueden robar, o ser consumidas cuando se busca reparar una mala salud. De todos modos, no habrá nada que quede para los herederos. Esto en sí no es tan malo, pues ya hemos visto la inutilidad de dejar una gran herencia para que otros la gasten. Salomón estaba ilustrando lo inútil que era amontonar riquezas para luego perderlas por descuido. Al final de cuentas el

hombre queda igual como nació —sin nada.

Estas observaciones hicieron que Salomón volviera a la conclusión que ya había llegado anteriormente: Lo mejor para el hombre es que disfrute del bien de su trabajo, con el cual Dios le ha bendecido (5.18–20). Los que reciben riquezas deben aceptarlas como un regalo de Dios. Luego, deben pedirle a Dios que les dé la habilidad para disfrutarlas y usarlas correctamente mientras las tienen. Esto también es un don dado por Dios. La persona que haga así no echará su mirada hacia atrás lamentándose de su pasado. Dios le dará un genuino gusto por la vida.

Otro problema con las riquezas es que Dios se las da a ciertos hombres, pero no les da éstos la salud que necesitan para disfrutarlas (6.1–6). Esto es inútil, pues se mueren y las dejan para que sean otros los que las gasten. Salomón pensaba que si un hombre tuviera cien hijos y viviera hasta llegar a viejo, pero no estuviera en capacidad de disfrutar del bien de su trabajo, éste estaría mejor muerto (6.3). Si hubiera muerto al nacer, no hubiera visto la luz del día; ni siquiera habría conocido su nombre. Esto tampoco parece bueno, pero le parecía mejor a Salomón, que el llegar a viejo siendo infeliz. Si un hombre vivía hasta dos mil años y jamás fuera feliz ni estuviera contento, ¿cuál sería el propósito de la vida?

EL SACIAR TODO DESEO NO NOS VA A SATISFACER (6.7–12)

Los deseos son insaciables (6.7–9). Tanto el necio como el sabio se pasan la vida trabajando para comer. Ninguno de los dos parece tener suficiente. El pobre que es sabio estará mejor al final, que el rico que es necio. Aquél aprende mejor a tener dominio de sus apetitos. Jamás se acostumbra a darle gusto a todo deseo suyo. Es mejor apreciar y hacer uso de lo que tenemos, que pasarnos toda la vida deseando tener más. Es inútil desear más.

La inevitable conclusión es: “Lo que será, será” (6.10–12). Todos los eventos están en las manos de Dios. Debemos reconocer que sólo somos seres humanos y no debemos estar discutiendo con Dios ni dudando de él. Todos nuestros esfuerzos son inútiles sin él —no tienen sentido alguno. ¿Qué ganamos, entonces, con estar peleándonos con Dios? ¿Cómo podemos nosotros, que somos poco más que sombras que pasan, tomar la decisión acerca de qué es lo mejor para nosotros?

CONCLUSIÓN

¿Quién podrá dar cuenta acerca del futuro que

nos aguarda? Si no podemos entregarle nuestras vidas a Dios ni confiar en él acerca de qué es lo mejor para nosotros, no habrá esperanza de descubrir el significado de la vida.

Pasar por alto a Dios equivale a desechar nuestra única esperanza. Esto fue lo que Jeremías dijo: “Conozco, oh Jehová, que el hombre no es señor de su camino, ni del hombre que camina es el ordenar sus pasos” (Jeremías 10.23). No hay nada en la tierra, por lo cual nos afanemos, que vaya a satisfacer nuestros más profundos anhelos. La única fuente de satisfacción, es darle sinceramente lo mejor de nosotros a Dios. ■

El Dios que realmente es

La Biblia predijo la confusión, en la cual los sabios de este mundo caerían. Éstos no han podido trazar un círculo lo suficientemente grande, como para incluir una explicación del significado de la vida, pues tal círculo no incluye al Dios que realmente es. Esto fue lo que Pablo escribió:

Pues está escrito:
Destruiré la sabiduría de los sabios,
Y desecharé el entendimiento de los entendidos.
¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba?
¿Dónde está el disputador de este siglo? ¿No ha
enloquecido Dios la sabiduría del mundo?
(1 Corintios 1.19–20).

Salomón era un hombre espiritual, sin embargo tenía un problema: era sincretista. Su corazón estaba entregado a Dios, pero no “plenamente”. Cuando halló que la vida no tenía significado, si ésta la vive uno apartado de Dios, se le abrió una salida más para conocer el verdadero significado.

A pesar de que no halló el significado en ninguna de las salidas que le ofreció la vida terrenal, a pesar de que, siendo el más sabio de los hombres, que jamás había vivido, no pudo hallar orden alguno en el sistema de cosas que no toma en cuenta a Dios, y a pesar de que llegó a aborrecer su propia vida, Salomón pudo formular un segundo conjunto de conclusiones y recomendaciones para la humanidad. Cuando volvió a dibujar su círculo, para incluir al Dios que realmente es, llegó a obtener una visión más nítida del significado de la vida. Y qué fue lo que dijo: “El fin de todo el discurso oído es este: Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre” (Eclesiastés 12.13).

El humanismo se equivoca porque traza un círculo que *excluye* a Dios, mientras que el sincretismo se equivoca porque traza un círculo que incluye al *Dios que nos gustaría que fuese*, y no al *Dios*

que realmente es. El círculo cristiano—el cual incluye al Dios que realmente es— es el único círculo con suficiente tamaño como para explicar el significado

de las cosas y el propósito de la vida.

Adaptado de *El resto de su vida*

Patrick M. Morley

©Copyright 1999, 2002, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados